

Aquellos jóvenes de Suresnes

El 14 de octubre de 1974, el PSOE comenzó a convertirse en una gigantesca máquina de poder

FERNANDO JAUREGUI, **Madrid**
Cuando, en la mañana de aquel 14 de octubre de 1974, la nueva ejecutiva se dirigía a realizar una visita de cortesía al secretario general del Partido Socialista Francés, François Mitterrand, abundaban las caras largas: no todo había sido concordia en el transcurso del congreso que había concluido el día anterior. Pablo Castellano, *Hervás*, secretario de relaciones internacionales, había llevado su irritación hasta el extremo de que ni siquiera asistió a la entrevista con Mitterrand, quien, junto con el chileno Carlos Altamirano, había sido la gran *estrella invitada* de aquel XIII Congreso del Partido Socialista Obrero Español *renovado*.

Las soluciones aportadas por el congreso no habían, obviamente, dejado satisfecho a Pablo Castellano, como tampoco habían gustado a Juan Iglesias, secretario de emigración en la nueva ejecutiva y único representante del exterior en la misma, ni a Francisco Bustelo, secretario de Formación e integrante de la federación madrileña, gran perdedora en aquel XIII Congreso.

El congreso de Suresnes, que sería el último de los que el PSOE celebraba en el exilio, había sido planteado desde algunos meses antes como un necesario reequilibrio entre algunas de las organizaciones regionales del partido renovado.

Hacia meses que las relaciones entre los propios *renovadores* no

eran buenas. Ya en la reunión celebrada en agosto de 1974 en el parador de Jaizquíbel, en Fuenterrabía, se habían puesto de manifiesto tensiones anteriores, surgidas especialmente entre el grupo sevillano, encabezado por Felipe González, *Isidoro*; Alfonso Guerra, *Andrés*, y Guillermo Galeote, *Ernesto*, y la aún débil organización madrileña, liderada por el abogado Pablo Castellano. Éste era considerado "excesivamente socialdemócrata" y "dado al pacto con los democristianos de Gil-Robles" por los intransigentes sevillanos, que

prefieren entenderse con el sector sindicalista de la organización vasca, surgido de la combativa margen izquierda de la ría, donde figuran Ramón Rubial, *Pablo*; Nicolás Redondo, *Juan*, y Eduardo López Albizu, *Celso*, entre otros.

Los guipuzcoanos aglutinados por Enrique Múgica, *Goizalde*—que acaba de captar para el partido a varios jóvenes abogados, entre ellos José María Benegas, *Chiqui*, y Ramón Jáuregui—constituyen, de creer en las cifras de militancia aportadas por cada provincia, la organización más grande

numéricamente. Pero existe la fundamentada sospecha de que Múgica está *engordando* artificialmente el número de fichas para poder concurrir a Suresnes dotado de mayor representatividad y peso.

Al encuentro de Jaizquíbel, en el que se encuentran presentes los principales dirigentes vascos, sevillanos y el madrileño Castellano, no asisten los sectores del exilio que habían roto con Llopi. Entre estos sectores figuraban mayoritariamente quienes algunos años antes habían dirigido las juventudes —Manuel Simón, Manuel Garna-

cho, Carmen García Bloise— y algunos veteranos aislados que habrían de jugar un papel fundamental en la *homologación* internacional de los *renovados*: Francisco López Real, Máximo Rodríguez, Julio Fernández, Arsenio Jimeno, José Mata, son algunos de estos nombres.

Las reticencias entre los sevillanos y Pablo Castellano adquieren mayor relieve del que inicialmente pudiera parecer. El abogado madrileño es, al fin y al cabo, la única figura *pública* del PSOE en el interior, pese a lo tardío de su incorporación formal al partido —1971—; es Castellano el hombre que responde a los periodistas; es Castellano quien contacta con otras fuerzas —desde la Federación Popular Democrática de Gil-Robles hasta la Junta Democrática, nacida en julio de aquel 1974—, y sobre todo, es Castellano quien asiste en nombre del PSOE a los intentos de reunificación socialista, entre los cuales destaca aquel verano la efímera Conferencia Socialista Ibérica.

Pese a las diferencias, de Jaizquíbel surgirá un importante documento-programa que servirá de base para los trabajos del congreso de Suresnes en octubre y que intenta convertirse en una réplica al programa difundido recientemente por la Junta Democrática, la plataforma unitaria aglutinada por Carrillo, Calvo Serer y Antonio García Trevijano y que poco a

El proyecto político de Suresnes

J. P., **Madrid**

Cuatro semanas después de que Franco reasumiera sus poderes de jefe de Estado, tras sufrir una tromboflebitis, el congreso de Suresnes trazó un proyecto político dirigido a abrir un hueco al PSOE en la operación de salida de la dictadura. Ya estaba creada la Junta Democrática, con personas como Santiago Carrillo, Enrique Tierno y Rafael Calvo Serer, en el momento en que el congreso otorgó libertad a sus nuevos dirigentes para establecer acuerdos con otras fuerzas antifranquistas, "fundamentalmente de izquierda".

En lo que a proyecto se refiere, el problema central era romper

la unidad de la oposición en torno al PCE y luchar por un espacio propio. Por ello, más de la mitad de la resolución política estaba orientada a cuestiones tácticas y no hubo gran preocupación por definir con detalle la ideología y objetivos de los socialistas.

Un aspecto particularmente interesante era la resolución sobre nacionalidades y regiones. Entonces se defendía el "derecho de autodeterminación" de las nacionalidades ibéricas, lo cual significaba "la facultad de que cada nacionalidad pueda determinar libremente las relaciones que va a mantener con el resto de los pueblos que integran el Estado

español". Y se pronunciaba por "la constitución de una República Federal de las nacionalidades que integran el Estado español".

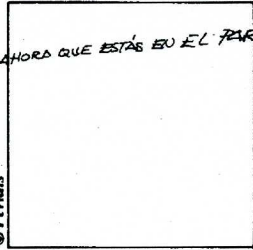
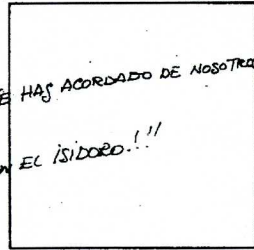
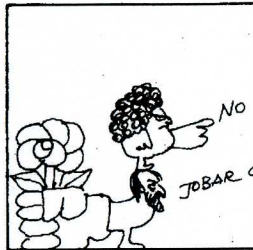
En la resolución internacional, el PSOE hacía un llamamiento a los partidos socialistas con responsabilidades de gobierno, y en especial a la II Internacional, "para la radicalización de sus planteamientos y acción solidaria con el pueblo español contra el régimen de Franco"; en este contexto pedía el boicoteo al ingreso de España en la CEE mientras persistiera la dictadura. El PSOE de Suresnes declaró también su hostilidad "a todo imperialismo (...), así como a la existencia de bloques militares".

poco comienza a extenderse por el país. En la *cumbre* de Fuenterrabía se barajan igualmente varios nombres que podrían figurar en las listas de candidatos a la ejecutiva que debe salir de Suresnes.

Aunque nada se ha pactado expresamente, tras Jaizquibel flota la sensación de que Nicolás Redondo, hijo y nieto de socialistas, de una probada dureza en la lucha sindical, mantendrá la categoría de *primus inter pares* en la ejecutiva, categoría que ya le fue otorgada en el congreso de la *escisión* de Toulouse, en agosto de 1972, y en el congreso de la UGT en 1971. Pero Redondo se muestra reticente a aceptar el cargo y finalmente, ya en vísperas del XIII Congreso, acaba negándose, alegando que prefiere concentrar sus esfuerzos en la UGT. Las negociaciones entre vascos y madrileños son duras: Castellano y Múgica se muestran de acuerdo en frenar cualquier "preeminencia excesiva" de los sevillanos, pero ahí terminan sus coincidencias. La noche anterior al comienzo del congreso, parece haberse llegado a un pacto vasco-madrileño para mantener la ejecutiva colegiada, sin secretario general; Alfonso Guerra, que escucha la conversación que se desarrolla en la habitación vecina, se sorprende gratamente cuando, una vez que Castellano abandona la reunión con los vascos, éstos cambian de opinión y deciden apoyar la candidatura que trae Sevilla, es decir, la que tiene a Isidoro como primer secretario.

Guerra es, pues, el único que, a la mañana siguiente, conoce ya cuál será el resultado del congreso de Suresnes. Desde la vicepresidencia de la mesa, junto a José Martínez Cobos —hijo de un veterano exiliado en Toulouse—, que preside el acto, Alfonso Guerra muestra un indudable dominio de todos los hilos. No en vano fue el primer integrante del *grupo de Sevilla* que acudió a la sede socialista en la Rue du Taur, en Toulouse, para conocer, a finales de los años sesenta, a Rodolfo Llopis, un hombre casi mítico que controlaba férreamente el partido desde hacía más de un cuarto de siglo. En 1972, Guerra había acelerado la inevitable ruptura con los *históricos* de Llopis, partidarios de no ceder el mando del partido al interior, con la publicación de un duro artículo —"Los enfoques de la praxis"— en *El Socialista*. Desde entonces, y moviéndose siempre en un segundo plano, aquel sevillano, que procedía de ambientes teatrales, había comenzado a edificar una maquinaria de poder.

La maquinaria, en octubre de 1974, apenas estaba en embrión. Los primeros pasos del nuevo PSOE son vacilantes, pese a contar con el respaldo de una mayoría de la Internacional Socialista, que ha dejado de estar influenciada por elementos masónicos que, como el propio Bruno Pittermann, presidente de la organización, habían volcado su apoyo en Llopis. Aquel 14 de octubre era aún difícil sospechar que precisamente aquel día comenzaba una carrera hacia la Moncloa.



Había de darse una imagen de cambio tan total que era hasta preciso cambiar el lugar de celebración de los congresos. Volver a París, a sus cercanías, donde hasta la elección de Rodolfo Llopis como secretario general se habían venido celebrando los congresos en el exilio, incluido aquel en que el joven socialista Luis Gómez Llorente se había enfrentado a la sagrada figura de D. Inda.

Llopis se había llevado no sólo el partido, sino también los congresos, hacia su residencia, a Toulouse, cerca de Albi. Mas finalizada su égida en el congreso de 1972, que tanta pluma alquilada sigue confundiendo con Suresnes 74, el partido se desplazaba de nuevo a la calle del General Beuret, y el congreso se iba con él a las orillas del Sena.

El grafismo tiene su importancia, el montaje más aún, y la escenografía iba a ser la mejor prueba de que una etapa histórica del PSOE había culminado y se empezaba otra cosa. Algunos lo intuían y no podíamos ocultar nuestra especial reserva a tan traumática o drástica liquidación de antecedentes; quizá por ello este ejecutivo dimitió ya en septiembre, y si concurrió a la convención lo fue para cumplir el inexcusable

En octubre de 1974, las circunstancias en que trabajábamos eran otras que las que medio sufríamos, medio imponíamos, cuatro años antes. La penúltima enfermedad del viejo general incidía en la sensibilidad española como premonición de la que tan obligada como cercana se preveía. Crecían las organizaciones democráticas mientras iban extendiéndose nacientes confidencias de los demócratas de toda la vida. La Prensa, cada vez menos intimidada y más porosa a la información de una clandestinidad que se iba volviendo ilegalidad, devolvía a su vez el reflejo de ésta suscitando en la opinión pública la inevitabilidad de las libertades. Por eso, unos pocos centenares de socialistas, representando a miles de compañeros, se reunieron en los alrededores de París, en Suresnes, en un congreso. Los españoles preocupados por el futuro entreveraron la noticia recibida, con la impresión de que allí se visualizaba la nueva andadura de un viejo instrumento, cuya memoria vinculada a antiguos y decaídos esfuerzos transformadores del país podría reproducirse con renovadas y racionales esperanzas.

El PSOE, desde el fin de la guerra civil, se había mantenido con dificultades, porque no era un partido que en condiciones muy precarias fuese capaz de galvanizar a un pu-

ble trámite de rendir cuentas a quienes inmerecidamente le habían elegido en anterior asamblea.

Se había liquidado el corto e intenso contencioso que ante la Internacional Socialista habíase planteado sobre el reconocimiento como expresión legítima del socialismo entre el llamado sector Llopis y su congreso de diciembre de 1972 y el llamado sector renovado del congreso de agosto de 1972, y se había terminado con la resolución favorable a este último, el día 6 de enero de 1974 en Londres.

Por ello fue a Suresnes la más nutrida representación de partidos hermanos, incluido el Partido Laborista israelí, cuya presencia no era demasiado bien acogida por quienes hacia la nación judía no ocultaban su rechazo, dentro de una cierta reticencia generalizada hacia la propia Internacional, que se plasmas en una discreta acogida de alemanes y de franceses y en una desbordada recepción de Altamirano, que ensombreció la presencia de

Mitterrand, de Craxi o del propio Michel Foot.

Y Enrique Múgica se torció un tobillo por no pisar en los escalones de acceso a la sala de reuniones la estrella de David que con frases no laudatorias algunos elementos juveniles habían pintado en los peldaños.

La operación Suresnes, la plasmación del pacto del Betis, o del Urumea, no era una sorpresa para los militantes que supieran un poco lo que venía ocurriendo en el seno del PSOE desde el mismo mes de agosto de 1972. Y salió como estaba inteligentemente preparada.

Alguna sorpresa la verdad es que sí se produjo, pues sorprendente era que figuraran en la lista de nuevos ejecutivos o de ejecutivos repetidos militantes que no se habían postulado como candidatos y que en uso de su legítimo derecho mantenían distancias con el núcleo esencial del preeminente equipo.

Lo cierto es que en ese congreso, como he tenido ocasión de opinar

Un nombre francés para una España distinta

ENRIQUE MÚGICA HERZOG

fiado de militantes con las expresiones guerreras que Lenin había aprendido en Clausewitz, pero, sin embargo, además de núcleos de trabajadores en las zonas más industrializadas, existían en muchos lugares —a menudo sin trabazón entre ellos— grupos de hombres maduros que se reunían, contrastaban sus opiniones y se oponían con su sola presencia a la inercia y a la resignación; y en el exilio, otros veteranos, con suficiente implantación orgánica, testimoniaban que algún día España dejaría de ser la sala de fiestas de Europa, incorporándose al destino común, y entonces el socialismo democrático, que era una de las grandes corrientes allí, se implantaría aquí, recobrando operativamente la memoria histórica.

En el curso de los años sesenta, jóvenes que habían sabido integrar en sí mismos reflexión y entusiasmo ensayaban su capacidad de futuros dirigentes junto a veteranos, y en el congreso de Toulouse en agosto de 1970 llegaron algunos de ellos a la comisión ejecutiva para poner en

práctica lo que iban aprendiendo.

Los dos años siguientes fueron difíciles. Junto al esfuerzo cotidiano por suscitar empujes resistentes y hacerlos coherentes a través de las agrupaciones que iban surgiendo o desarrollándose, se ponían a debate planteamientos diversos, porque algunos militantes embrocados nostálgicamente en el exilio no llegaban a percatarse de lo que siempre había sido una necesidad, la de interiorizar el partido en España; se había trocado en exigencia para las nuevas generaciones que impulsaban, cada vez más abiertamente, la dinámica antiautoritaria.

En agosto de 1972, en un congreso celebrado también en Francia —tradicionalmente, tierra de asilo, y que lo ha vuelto a ser marginando los pretextos libertarios de los libertistas—, se consolidó la nueva línea, cobrando mayor fuerza el quehacer de los socialistas en el interior, a la par que estrechaban las relaciones con los grandes partidos europeos, disponiéndolos a asumir con espíritu cooperativo las exp-

en otras ocasiones, se sentaron las claves que explican estos últimos 10 años de historia del PSOE y lo que llamaremos eufemísticamente mutaciones genéticas.

Una nueva concepción del partido como organización, de su propia definición ideológica real, no verbal, y de la acción política a desarrollar en una ya anunciada transición de la dictadura a la iniciación democrática, sentaron sus bases en aquel congreso, y los posteriores congresos ya celebrados en el interior fueron destacando más aún estas nuevas concepciones.

En Suresnes agonizaba la clandestinidad y un concepto del activismo, y alboreaba un pragmatismo político y un sistema organizativo profesional más homologable con el comportamiento de otras políticas socialistas europeas.

Algunos, sin saberlo, estaban asistiendo a un cambio en virtud del cual las cosas ya no serían nunca igual. Se podría hablar del partido, de sus militantes, de su política, en una clara línea divisoria de lo de antes o lo de después de Suresnes, y del talante y comportamiento de los socialistas también podría afirmarse otro tanto. En Suresnes empezó otra historia.

tativas que se multiplicaban. Frente a voluntariosos ideologizadores de la realidad —recuerdo que en Carabanchel resumíamos la opinión de un optimista con tres palabras: "Franco cayó anteayer"—, los socialistas sosteníamos que lo insoslayable era ir conquistando parcelas de libertad para, desde ella, progresar en su recuperación total.

Todas estas reflexiones confluyeron, en 1974, en el congreso de Suresnes, el cual las rescata del tacitismo en que por imperativo de las circunstancias se velaban, para proyectarlas con fuerza hacia el exterior aprovechando las nuevas que se suscitaban. Si en 1972 se consolidó el comienzo de la renovación del partido, en 1974 se visualizó con vigor su imagen en todos los ámbitos, siendo en esta dirección factor destacado el liderazgo de su recién elegido primer secretario.

Lo que siguió es suficientemente conocido. Me cabe añadir que si en 1956 tuve la suerte de participar en la revuelta estudiantil de febrero, con la que comenzó el enfrentamiento ininterrumpido entre la dictadura y la universidad, en años posteriores intervine, también muy activamente, en la renovación del PSOE que conocemos.

En ambos casos, la memoria no es soporte de nostalgia, sino incentivo para seguir trabajando.